

El periodista utópico: comunicación alternativa en la prensa convencional

Samuel Toledano
Sociedad Latina de Comunicación Social
Universidad de La Laguna
samueltoledano@hotmail.com

Palabras clave: comunicación alternativa, periodista utópico, medios de comunicación de masas, prensa convencional

Encandilados por los avances en las nuevas tecnologías, tanto los defensores de los medios de comunicación de masas como los que plantean una comunicación alternativa, parecen dejar en un segundo plano la figura del periodista, afianzando un determinismo tecnológico en el que las características del medio son las que marcan el periodismo que ejerce el profesional y el discurso que finalmente se traslada al receptor.

Aún conociendo la manipulación de los medios de masas, más interesados en sus propios beneficios que en el fin democrático de la información, existe un margen de periodismo social dentro de dichos medios, que recae casi exclusivamente en periodistas con una conciencia ciudadana de su profesión. Su labor, ya publicada, supone un doble éxito, ya que escenifican una resistencia interna a la mala praxis de sus medios y, por otro lado, sus informaciones logran una audiencia más amplia y heterogénea que la de los medios alternativos.

Analizando la cobertura de diferentes periodistas de *El País*, *El Mundo* y *Abc* a tres grandes cumbres antiglobalización podemos demostrar las fisuras que hay en los medios de masas y la existencia de un periodismo al servicio del ciudadano, ejercido por periodistas que, fieles herederos de los *muckrackers* de principios del siglo XX, se resisten a desaparecer ante el protagonismo de las fuentes y la audiencia, configurándose como los últimos profesionales del periodismo.

MESA TEMÁTICA DE ADSCRIPCIÓN: Mesa 2: Periodismo directo: Las fuentes hacen periodismo, las audiencias hacen información

I. Introducción

Ante la vorágine de avances tecnológicos que afectan de lleno al campo de la comunicación, gran parte de los temores de sus profesionales se centran en el futuro del periodismo y de los periodistas, obligados a adaptarse a una situación en la que parece cambiar por completo la esencia de los emisores, el mensaje y los receptores. Paradójicamente, estos avances parecen abrir nuevas posibilidades para todos aquellos que cuestionaban la labor de los medios de comunicación de masas y abogaban por diversas formas de comunicación alternativa.

Al igual que ocurriera siglos atrás con los luditas, el trabajador de los medios de comunicación convencionales ve en estas innovaciones más amenazas que ventajas, con el claro temor a la pérdida de su puesto de trabajo, especialmente en el actual contexto de crisis económica. Sin embargo, lo que ni luditas ni periodistas parecen ver es que la automatización del trabajo, facilitada por las máquinas, se lleva practicando desde hace tiempo, desterrando cualquier atisbo de labor artesanal en el periodismo.

Tanto los que ven la irrupción de lo digital como una vía abierta para la comunicación alternativa como aquellos que lo ven como una amenaza al periodismo y sus profesionales caen en el extendido determinismo tecnológico de considerar estas herramientas como la culpa de todos los males o la panacea a todos los problemas. Ni unos ni otros parecen percatarse de que el periodismo, incluso el que presumía de su elevada calidad, ya estaba herido mucho tiempo antes (De Pablos, 2001), y de que el periodista, que presume de su estatus profesional, se había convertido en un mero intermediario automático, de cuya labor se podría hoy prescindir en ese tránsito desde la fuente al ciudadano.

Más allá de que los medios de comunicación de masas, con la prensa como adalid de su prestigio cada día más devaluado, sean unos entes empresariales que prioricen sus intereses económicos sobre la calidad del producto – información–, la realidad es que aún hay que enfocar gran parte de la atención en los periodistas, ya sean de medios alternativos o convencionales. Los males que se atribuyen a las propuestas de comunicación convencionales o las virtudes que se les otorga a las alternativas, todavía pasan por el factor humano, es decir, el periodista.

A la espera de que las propuestas alternativas tengan un alcance masivo que vaya más de sus usuarios mayoritariamente convencidos, los medios de comunicación de masas siguen teniendo la posibilidad de llegar a una audiencia amplia y variada, configurándose como el núcleo de la opinión pública. Un análisis de la prensa de masas y la labor de sus periodistas en algunos acontecimientos relevantes, donde precisamente aparecen actores políticos y sociales alternativos –cumbres antiglobalización–, nos revela que existen numerosas fisuras por las que los periodistas deslizan elementos que podemos asociar a la llamada comunicación alternativa.

II. Medios y periodistas

Imbuidos en la globalización, los medios de comunicación de masas se han convertido en poderosos instrumentos de lo dominante, como actores cuyo protagonismo se refuerza constantemente al ejercer un monopolio de facto sobre la transmisión de la realidad. La imposibilidad del individuo para acceder a la realidad, incluso la que está situada en su entorno más inmediato, ha revalorizado el precio de la información, considerada hoy como un elemento de fuerza, un *soft power* con un valor estratégico (Nye y Owens, 1996). No es de

extrañar, así, que numerosos críticos hayan visto en los medios de comunicación de masas y su negocio de la información unos elementos imperialistas (Schiller, 1980) que convierten el periodismo en un ejercicio de manipulación (Chomsky y Herman, 1990)

El cuarto poder que solía asociarse a la prensa, como perro guardián de la ciudadanía ante los desmanes del resto de poderes, ha transformado la información, educación y entretenimiento en una sola actividad, el conocido infoentrenimiento –al servicio de las ideologías dominantes (Casals, 2005: 113). Esto es la consecuencia lógica de un panorama donde industrias de la información y comunicación se unen gracias a la conversión de los medios en compañías con intereses comerciales a gran escala, un proceso de globalización de la comunicación y el desarrollo de formas de comunicación mediáticas electrónicas (Thompson, 1998: 111). Este es el panorama actual, poco sorprendente cuando hace más de medio siglo ya se advertía del complicado futuro para los “artesanos” del periodismo:

el periódico moderno reclama tanta concentración de capital, que la propiedad de la “fábrica de periódicos” se escapó de las manos del artesano-editor –que no la ha vuelto a recobrar– cayendo en las de típicos hombres de negocios o empresas. Y el artesano-editor, como el financiero de que hablamos, desposeído, paria de su propia creación, pasó a ser el especialista en los menesteres de confección de la hoja impresa, convirtiéndose en el obrero periodista técnico, encargado de la confección física o material y en el obrero periodista intelectual, técnico en la recopilación y ordenación de las ideas que se iban a divulgar, pero siempre en condición de obrero más o menos apreciado (González del Campo, 1950: 19).

Mucho más abajo del editor, aparece el periodista, un trabajador que, con la lógica de Kovach (2003: 73), ejercía una labor que no podía ser asimilada a los empleados de otra empresa: “Tienen una obligación social que a veces puede anteponerse a los intereses inmediatos de sus patronos, una obligación que, curiosamente, es la base del éxito económico de esos mismos patronos”. Y es que como también remarcaba Martínez Albertos (1997: 45), el periodista ha sido el profesional “legitimado” por la sociedad para cumplir con el derecho colectivo a “recibir una información técnicamente correcta”.

Pero precisamente su posición en la base de la pirámide, con una estructura vertical propia del sistema capitalista, coloca al periodista en una situación extremadamente débil, que lo fuerza a caracterizarse como un “correveidile, gregario, servil y despersonalizado” (Galdón, 1999: 56-57), fomentando una redacción que acaba pensando como la dirección de la empresa (Reig, 1992: 41).

Explicar esta postura implica hablar de precariedad laboral, la falta de formación y de códigos éticos, la poca libertad o la presión de la dirección de los medios sobre los periodistas que muestran una “actitud de rebeldía”, con la clara intención de escarmentar a cualquiera que quiera seguir su ejemplo (Parés, 2004). Sin embargo, más allá de la censura o autocensura que pueda justificar el comportamiento del periodista, muchos se han convertido en la “voz de su amo”, sin que por sus cabezas asome una mera duda: “Les parece lo

más natural del mundo, porque la ideología del medio para el que trabajan es su propia ideología” (Ortiz, 2002: 91).

III. Alternativas en comunicación

Hablar de ideología de los medios supone un reconocimiento explícito no sólo a que se esconden intereses económicos detrás del medio sino que los medios de masas y sus periodistas, como parte del núcleo duro del sistema, se afianzan como aparatos ideológicos del estado, desplazando a la iglesia y a la escuela como principales transmisores de la ideología. Así, siguiendo este planteamiento de Althusser, los medios aprovechan su transmisión de la información para, a través de las formas simbólicas que son hoy las noticias, imponer el consenso sobre el orden vigente.

Si se reconoce el carácter ideológico de la comunicación dominante es lógico pensar que gran parte de las alternativas a la comunicación de masas son, consecuentemente, alternativas a la ideología dominante. De esta forma se constata la necesidad de analizar conjuntamente la realidad y la transmisión de la realidad, es decir, reafirmar la estrecha unión que existe entre los planteamientos político-sociales y los mediáticos.

Aunque no podemos afirmar que toda propuesta alternativa de comunicación sea ideológica, sí que es cierto que la alternativa deriva de una visión crítica del rol de los medios de comunicación de masas, que, sin inocencia alguna, podemos considerar premeditada. Así, frente a diferentes aspectos de la comunicación dominante, encontramos diferentes alternativas en comunicación que hoy se engloban bajo el concepto genérico de comunicación alternativa.

Paralelamente a la existencia de alternativas en el ámbito de la política (partidos y movimientos sociales) se fueron gestando propuestas alternativas de comunicación, fruto de una marginación en el ámbito de la política que se extendía a su representación en los medios convencionales, ya claramente decantados como portavoces y miembros del sistema. Así, desde la década de los 60, movimientos ecologistas, pacifistas o feministas intentan crear su propia representación de la realidad.

Desde finales de los 70 existen intentos académicos por calificar todas esas alternativas en comunicación (De Fontcuberta y Gómez Mompert, 1983; Vidal-Beneyto, 1979) caracterizadas por ser una oposición a lo dominante manifestada en la emisión, el mensaje o la recepción. Encontramos así alternativas referidas al conjunto del sistema comunicativo (comunicación alternativa, ecología de la comunicación), a las regulaciones internas o externas de dicha actividad (autorregulación de los medios, códigos éticos, etc.), a las corrientes periodísticas (periodismo *underground*, nuevo periodismo, periodismo social, militante, ciudadano, ciberperiodismo, etc.), los medios (radios libres, prensa alternativa, medios digitales, etc.), el mensaje (contrainformación, información alternativa, etc.) o incluso la recepción (observatorio de medios, recepción alfabetizada, etc.).

En todas ellas se trasluce el interés por abandonar “uso autoritario de la información basado en el apropiamiento del progreso por parte de unos pocos” y la conversión definitiva de ésta de “producto a recurso” (Quirós Fernández, 1991: 65). En definitiva, como afirman los propios actores de propuestas alternativas, se trata de...

transformar la realidad social promoviendo vínculos solidarios, articular colectivos sociales a partir de redes de información, romper con el monopolio del control de los medios de comunicación, promover el acceso y la participación en los procesos comunicacionales, fomentar el pluralismo y la discusión sobre la realidad social, son indicios de comunicación alternativa (Conosur, 2004: 91).

De todas estas propuestas, la que enfatiza en el emisor concita la mayor atención con una lógica argumentación: la autorregulación, los códigos éticos, libros de estilo o cualquier propuesta para poner la sociedad en primer lugar se ha encontrado con numerosos obstáculos en los medios de masas, que seguirán primando sus intereses por encima del de los ciudadanos. La solución pasa entonces por cambiar el medio, recurriendo a organizaciones donde se defienda un modelo de propiedad, gestión y financiación diferentes a los masivos y donde los contenidos busquen la crítica social, abriendo la participación de los lectores y la integración con los movimientos sociales, aprovechando además las herramientas tecnológicas (Pierucci, 2004: 33-35).

Sin embargo, toda propuesta de comunicación popular o alternativa al margen o contra los *mass media* supone el “peligro de confinar la comunicación popular o alternativa al ámbito de los fenómenos marginales o accidentales”. El peligro al que hacen referencia De Foncuberta y Gómez Mompert es que esta comunicación se convierta en “interna a grupos o áreas determinadas del cuerpo social, y que, por lo tanto, sea antes o después inevitablemente destruida o por lo menos *ghettizada*” (1983: 105-107). En otras palabras, “si se trata de un medio eficaz, se produce casi inmediatamente su anexión por las grandes cadenas de comunicación y por el sistema dominante, con lo que desaparece su finalidad como alternativa. Si por el contrario, es un medio difícilmente recuperable, su alcance comunicativo es mínimo” (Aguilera, 1990: 129-130).

III. Periodistas utópicos

Los autores que abogan por la existencia de medios y mensajes “transgresores” que opten por “recuperar la dignidad que la profesión periodística está perdiendo” son conscientes de que esa labor no puede proceder de los mismos medios, ya que éstos “son jueces y partes y amputan los acontecimientos al no ofrecer todas sus vertientes, empezando por las más profundas” (Reig, 2005: 24). Sin embargo, estos planteamientos parecen obviar que pese a la automatización del trabajo, siguen siendo los periodistas los que tienen la responsabilidad del discurso que llega al receptor, salvo que se entienda que los periodistas están completamente sometidos en los medios en los que trabajan y no tienen ningún margen de actuación.

Estos planteamientos son los que justifican la automática conversión del periodista que trabaja en medios alternativos –también los ciberperiodistas o periodistas ciudadanos– en la única esperanza al no estar viciados por la dinámica del periodismo de masas. Sin embargo, esto significa correr el riesgo del “no profesionalismo” en el proceso informativo, que podría acabar con “la negación de la calidad en lugar de investigar sobre la «otra» realidad”; el refuerzo de las “estructuras existentes a través de un pretendido espontaneísmo” o la presencia de “mensajes defectuosos” (De Foncuberta y Gómez Mompert, 1983: 118).

La realidad apunta a que no hay que irse a medios alternativos para encontrar periodistas que busquen esa dignidad en el periodismo y que, además, desde los medios pueden alcanzar una repercusión mayor. Negar este hecho sería negar que los medios, por mucho que sean parte del sistema, no dejan de estar formados por personas y que, por tanto, los periodistas son tan culpables del declive del periodismo como también son los que pueden revertir esa situación.

El único inconveniente es que esto implica una toma de partido del periodista ante determinadas realidades que considera injustas y que pueden convertirlo en un periodista militante, es decir, “protagonista activo de las luchas en la que participa”, y que se dirige a ayudar a que las luchas que está cubriendo se desarrollen y triunfen y a la vez se articulen dentro de un proceso más general”. El periodista militante juega así un “rol no solamente de producción, sino de distribuidor y facilitador de la comunicación” (Indymedia Argentina, 2004: 110).

Las reacciones a esta postura activa se hacen evidentes:

Nuestro periodista se ha convertido en un ser teóricamente ácrata, visceralmente revolucionario, inconformista con todo lo que le rodea... Y todo esto sin que deje de ser, en el fondo de su talante, un burgués civilizado, radicalmente inofensivo. Por esta razón, más que ácrata, el periodista utópico acaba siendo necesariamente, como consecuencia de la lógica interna de una profesión en el momento concreto en que estamos viviendo, en un ser acratóide: es decir, un ser que es a los verdaderos ácratas nihilistas e incendiarios, lo que los entes humanoides de «La guerra de las Galaxias» son a los seres humanos (Martínez Albertos, 1978: 52 y 53).

La cita hace referencia a los *muckrakers*, que a principios del siglo XX “propugnaron, no sin caer en el sensacionalismo, la reforma de las administraciones locales, estatales y federales” de los Estados Unidos. Según Kovach, sus “meticulosas investigaciones y su acoso a la corrupción, con la denuncia de los abusos cometidos en el trabajo infantil, las componendas políticas y los oligopolios ilegales del ferrocarril o del petróleo, lideraron el movimiento progresista de la política nacional” (2003: 159).

La descripción de estos periodistas supone, sin lugar a dudas, parte de lo que hoy consideraríamos periodismo ciudadano o encuadrable dentro de ese genérico concepto de comunicación alternativa. Así, nombres como Jon Lee Anderson, Seymour Hersh, Michael Herr o Ryszard Kapuściński son sólo unos de los tantos periodistas que hoy pueden conformar la lista de profesionales que, más allá de puntuales casos sobradamente conocidos como el Watergate,

optan por informar de una realidad reafirmando el hecho de que para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser un buen hombre, o una buena mujer: buenos seres humanos (Kapuściński, 2002: 38).

Para los periodistas que trabajamos con las personas, que intentamos comprender sus historias, que tenemos que explorar y que investigar, la experiencia personal es, naturalmente, fundamental. La fuente principal de nuestro conocimiento periodístico son "los otros". Los otros son los que nos dirigen, nos dan sus opiniones, interpretan para nosotros el mundo que intentamos comprender y describir (Kapuściński, 2002: 37).

IV. El discurso del periodista

Comprendiendo el rol ideológico de los medios de comunicación de masas, la atención debe centrarse en su producto, como elemento que contiene dicha ideología. Así, la información redactada por periodistas constituye un discurso que, en última instancia, sustenta el rol formador de los medios, como los reconocidos instructores y aparatos ideológicos de la sociedad. Como ha demostrado Van Dijk en diversas investigaciones acudiendo al análisis crítico del discurso (2003), aquí se esconde la clara apuesta por los intereses dominantes disfrazados con alegatos de neutralidad, objetividad y profesionalismo.

Analizando la cobertura de diferentes periodistas de varios medios (*Abc*, *El Mundo* y *El País*) a tres cumbres internacionales (Seattle, Praga y Génova) podemos comprobar cómo, efectivamente, sus informaciones contienen un discurso que, más allá de representar los intereses del medio, revela el papel que cada periodista decide tomar al informar del movimiento antiglobalización, auténtico protagonista en las cumbres de la Organización Mundial del Comercio (Seattle), el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (Praga) y el Grupo de los 8 países más industrializados (Génova).

Del análisis de las cumbres se desprende el interés de los medios y del conjunto de los periodistas por reforzar la legitimidad de lo dominante, otorgando un nulo o escaso espacio a sus críticos y dando cabida a todas las notas de prensa, declaraciones e informes que emiten las instituciones cuestionadas, copando así toda la agenda informativa. Sin embargo, de forma interesada, o sólo por desidia, la mayoría de los periodistas se limita a informar de las manifestaciones desde fuera, con descripciones repletas de generalizaciones, vinculando todas las manifestaciones a la violencia (mediante el lenguaje o con alusiones a determinadas acciones incluso terroristas), comparaciones inexactas o fuera de contexto, lenguaje repleto de tópicos y un tono sensacionalista.

La decisión de los periodistas de recurrir a términos como "radicales", "alborotadores" para definir al conjunto de los manifestantes sin que en muchas ocasiones descritas justifiquen tal calificativo, o el uso de un lenguaje irónico y vulgar para poner voz a las demandas de los manifestantes (con los que no ha

hablado), demuestra que es el periodista el que, lejos de titulares y portadas – que recaen en la dirección del medio–, decide el contenido de su información¹.

Sin embargo, dentro de este panorama de periodistas que obviamente se alejan de la comunicación alternativa o, al menos, de la obligación de dar voz – directa– a ese sector de la sociedad que se manifiesta, encontramos informaciones que rompen esa tendencia, demostrando que el periodista tiene la posibilidad de producir o, al menos intentarlo, una comunicación que respete la necesaria diversidad social.

Informar del movimiento antiglobalización supone, en primer lugar, hablar de un movimiento heterogéneo, con una variedad de sujetos tan amplio como los problemas cuya responsabilidad es atribuible a la globalización. Mientras esta variedad era vista como una debilidad, criticada o ridiculizada por la mayoría de los periodistas, el corresponsal de *El País* en Seattle, Javier Valenzuela, lo reflejaba sin ningún atisbo de burla o crítica:

Para muchos de los manifestantes, lo importante no era un mayor crecimiento económico a través del comercio, sino la defensa de las tortugas, los bosques tropicales y los niños explotados en los talleres y fábricas tercermundistas².

No se puede ocultar los disturbios que se producen en una manifestación, pero es decisión del periodista cómo recogerlo: “dos enmascarados con un martillo rompieron los cristales de una tienda Gap y pintaron la fachada del símbolo anarquista” y “otro grupo arremetió contra una joyería cercana”. La descripción que hace el corresponsal de *El Mundo*, Carlos Fresneda, de los incidentes de las manifestaciones en Seattle evita generalizar cualquier conducta³. De hecho, tanto este periodista como Valenzuela, siempre califican a los manifestantes como tal, es decir, “manifestantes”, y no como “radicales” o “alborotadores”, términos que parecen resultar poco atractivos para la mayoría de los corresponsales que tienen que describir esta y otras manifestaciones.

Similar decisión toma el periodista de *Abc* en la cumbre de Praga, Ramiro Villapadierna, que utiliza “militantes” o “manifestantes” para hablar de los que protagonizan “graves altercados”, mientras que la dirección del periódico opta en la portada por señalar que “los radicales se enfrentaron a 10.000 policías”⁴. Esta decisión del periodista de calificar a los manifestantes sin recurrir a términos peyorativos se constata al día siguiente, cuando en una información que habla de “manifestantes”, “jóvenes” o de que “varios grupos plantaron

¹ Estas conclusiones son parte del resultado de la tesis *La irrupción de lo alternativo en los medios de comunicación de masas desde la perspectiva del periodismo especializado y del discurso* (Samuel Toledano, 2009)

² “La OMC estudiará otra agenda para analizar la mundialización” (*El País*, 5 de diciembre de 1999, p. 59)

³ “La Cumbre del Comercio arranca con cargas policiales a miles de manifestantes” (*El Mundo*, 1 de diciembre de 1999, p. 48)

⁴ “El FMI y el Banco Mundial abren su Asamblea anual asediados por manifestaciones y graves altercados” (*Abc*, 27 de septiembre de 2000, pp. 1 y 54)

frente a la policía” aparece en un despiece su primer “radical”. Mientras todos los periodistas recurren con frecuencia a este término, Villapadierna sólo lo incluye entre comillas, en referencia la presencia de “radicales vascos” difundida por la policía y televisión checa⁵.

El uso de “radicales”, “alborotadores”, “violentos”, “vándalos” u otros términos despectivos, en lugar de “personas”, “manifestantes” o “protestantes” se extiende también al ámbito de los “grupos radicales vascos” o, simplemente, a los “vascos”. La imagen negativa que se tiene de cualquier movimiento vasco por la asociación político-mediática a ETA, se traslada así al movimiento antiglobalización. Sin embargo, es suficiente con contrastar la información, preguntando a fuentes oficiales o a los mismos manifestantes para saber qué hay detrás. Así lo hizo Ramiro Villapadierna (*Abc*) en Praga:

Aunque ha habido representantes visibles de las gestoras de presos vascos este diario encontró más bien a amables grupos humanitarios como ‘Hemen eta Munduan’ (Aquí y en el Mundo) y ecologistas no violentos⁶.

Y así también lo hizo Pablo X. de Sandoval (*El País*) en Génova:

Diego, un economista de Bilbao de 27 años, explicaba una visión de su protesta contra el G-8 que poco tenía que ver con extintores, disparos y sangre sobre el asfalto. [Tras dar su opinión sobre el orden político-económico mundial, el manifestante concluye] “Muchos sacamos como conclusión que el sistema sólo puede cambiarse desde fuera, desde la ruptura, y eso es lo que nos ha traído hasta aquí”. Con él van otros 25 componentes de la organización vasca Emen (sic) eta Munduan (Aquí y en el Mundo), una pequeña parte de la representación del País Vasco en Génova⁷.

Parece absurdo señalar que ante las afirmaciones de la policía checa, aludiendo a que gran parte de los detenidos españoles en Praga eran vascos vinculados al entorno de ETA, se puede optar por contrastar la información, bien recogiendo las quejas de partidos políticos, hablando con fuentes diplomáticas españolas⁸ o incluso molestarse en ver el auto del juez en el que se decide mantener en prisión a dos manifestantes por haber roto una luna de un banco valorada en 9.000 pesetas⁹.

⁵ “El FMI y el Banco Mundial concluyen un día antes su asamblea entre el desconcierto y la inseguridad” (*Abc*, 28 de septiembre de 2000, p. 53)

⁶ “Grupos de radicales vascos” (*Abc*, 28 de septiembre de 2000, p. 53)

⁷ “Un solo objetivo: romper el sistema” (*El País*, 22 de julio de 2001, p. 4)

⁸ “FMI y manifestantes se disputan el éxito de la Asamblea de Praga” (*Abc*, 29 de septiembre de 2000, p. 58)

“La policía checa detiene a 50 españoles por los disturbios” (*El Mundo*, 28 de septiembre de 2000, p. 42)

“La policía checa detiene a 50 españoles por los disturbios” (*El Mundo*, 28 de septiembre de 2000, p. 42)

⁹ “Los cristales rotos del Banco Mundial” (*El País*, 4 de octubre de 2000, p. 80)

La decisión de hablar con los manifestantes, incluso con aquellos que son acusados de protagonizar disturbios, es esencial para entenderlos, como así comprende Ramiro Villapadierna (*Abc*), que siguió preguntándoles pese a que en su primer encuentro fue increpado por algunos de ellos¹⁰. También lo hizo el periodista de *El País* en Génova, cuyo seguimiento en exclusiva a los manifestantes –el periódico encargó a otros dos periodistas la información oficial– permite entender el comportamiento de los llamados “violentos”: “Aquí no se viene a divertirse, sino a tirar muros. Además, si no hubiera violencia, las manifestaciones jamás saldrían en los medios y todo esto no serviría para nada”¹¹.

V. Reflexiones finales

La constante ocultación o manipulación de parte de la realidad que realizan los medios de comunicación de masas para satisfacer sus intereses y los de los sectores dominantes justifica la puesta en práctica de modelos de comunicación alternativa que tenga los intereses de la ciudadanía como una prioridad.

Generalizar determinadas ideas o acciones, no contrastar información, no hablar con una de las partes involucradas o, en el mejor de los casos, explicar sus demandas acudiendo a un tono o lenguaje vulgar, se ha convertido en la práctica habitual de muchos periodistas que, paradójicamente, nos permiten ver con mayor claridad aquellos escasos ejemplos que defienden la vertiente social del periodismo.

En un análisis que busca el reverso del declive del periodismo, encontramos que incluso en la prensa convencional, instrumento ideológico que mantiene el *statu quo*, existen periodistas que informan de las amenazas o críticas a lo dominante de una forma correcta. Su labor es si cabe mucho más importante, ya que el movimiento antiglobalización, como nuevo actor en la escena internacional, necesita de los medios para trasladar a la opinión pública sus críticas a la globalización.

La labor del periodista, más allá de informar del enfrentamiento entre partidarios y detractores de la globalización, genera la imagen que la sociedad tendrá de cada actor. Así, el solo hecho de calificar a los miembros del movimiento antiglobalización como “manifestantes” y no “radicales” o “alborotadores” adquiere especial trascendencia en el discurso del periodista, como también lo es no atribuir a todo manifestante la acción de determinados grupos o no adornar con numerosos adjetivos acciones que se describen por sí solas.

¹⁰ “Václav Havel sienta a hablar al hambre y al dinero en la reunión del FMI” (*Abc*, 24 de septiembre de 2000, p. 59)

¹¹ “Un solo objetivo: romper el sistema” (*El País*, 22 de julio de 2001, p. 4)

Mientras que gran parte de los periodistas no se molestan en hablar directamente con los manifestantes – pese a tenerlos al lado–, encontramos otros que sí lo hacen, logrando a un mismo tiempo desmentir los datos facilitados por fuentes oficiales y mostrar una imagen del conjunto del movimiento o de parte del mismo que poco tiene que ver con sensacionalistas portadas y fotografías. Aunque estas prácticas parezcan lecciones básicas de periodismo, el hecho de que esto sea una excepción nos obliga a dirigir nuestra atención no a los mayoritarios ejemplos que sustentan el declive del periodismo sino a los que conocen y practican una profesión esencial para construir ciudadanía y no consumidores.

Independientemente de las decisiones de la dirección del periódico (tema y texto de las portadas, cambio de titulares, etc.) es el periodista el que escribe su texto. Esto significa que es decisión suya utilizar un término u otro o hablar e incluir en su noticia determinadas declaraciones. Como consecuencia, en su mano está evitar o paliar la discriminación que la prensa convencional hace de todos aquellos actores, ideas o acciones críticas con el sistema dominante.

Escudarse en la presión dentro de los medios de comunicación supondría admitir una censura activa que llegaría hasta la exigencia poco práctica de utilizar en el texto un término en lugar del otro o prohibir hablar con las personas que participan en una manifestación. La realidad es que esa censura no suele alcanzar niveles tan opresivos, más propios del Gran Hermano de Orwell, sino que es el periodista el que asume la ideología del medio, se autocensura, o ejerce su labor de una forma tan automática que ni siquiera se plantea cuáles son sus prácticas profesionales.

Aunque parezca un reto complicado cambiar una conducta profesional, efectivamente viciada, merece la pena resaltar la repercusión que pueden alcanzar determinadas informaciones de algunos periodistas que, precisamente por estar en un medio de masas, pueden aprovechar el amplio espacio y difusión para dar voz –en primera persona– a los críticos con el sistema.

Cualquier propuesta de comunicación alternativa que quiera ir más allá de la simple sustitución del emisor masivo por otro afín a las demandas sociales deberá tener en cuenta las valiosas aportaciones que aún se pueden encontrar en los medios de masas, configuradas hoy como unas prácticas profesionales que existían mucho antes de que ni siquiera se escuchara hablar de comunicación alternativa.

VI. Bibliografía

Aguilera, O. (1990): *Las ideologías en el periodismo*. Madrid, Paraninfo.

Casals Carro, M. J. (2005): "Otro mundo es posible: de la seudociencia de la comunicación a la defensa del periodismo como sentido de la realidad"

(pp. 91-118) en *Anthropos: Hacia una comunicación alternativa. Una visión crítica de la sociedad actual*. Número 209. Barcelona.

Chomsky, N. y Herman, E. (1990): *Los guardianes de la libertad, propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*. Barcelona, Crítica.

Conosur (2004): "Alternatividad en Internet. Tres experiencias en la Red" (pp. 89-105) en Vinelli, Natalia y Rodríguez Esperón, Carlos (compiladores): *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*. Buenos Aires, Ediciones Continente.

De Fontcuberta, M. y Gómez Mompert, J. L. (1983): *Alternativas en Comunicación: Crítica de experiencias y teorías*. Barcelona, Mitre.

De Pablos Coello, J. M. (2001): *El periodismo herido*. Foca, Madrid.

Galdón, G. (1999): *Desinformación, método, aspectos y soluciones*. Pamplona, Eunsa.

González del Campo, L. (1950): *¿Cumple el periodismo su función social?* La Habana, Ministerio de Educación.

Indymedia Argentina (2004): "El rol de los medios alternativos" (pp. 106-115) en Vinelli, Natalia y Rodríguez Esperón, Carlos (compiladores): *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*. Buenos Aires, Ediciones Continente.

Kapuściński, R. (2002): *Los cínicos no sirven para este oficio*. Barcelona, Anagrama.

Kovach, B. (2003): *Los elementos del periodismo*. Madrid, El País Santillana.

Martínez Albertos, J. L. (1978): *La noticia y los comunicadores*. Madrid, Pirámide.
-(1997): *El ocaso del periodismo*. Barcelona, CIMS.

Nye, J. y Owens, W. A. (1996): "America's information edge" (pp. 20-36) en *Foreign Affairs*, Marzo/Abril, Número 75.

Ortiz, Javier (2002): "El poder de la prensa y la prensa en el poder" (pp. 69-122) en AA.VV.: *Repensar la prensa*. Madrid, Debate.

Parés, M (2004): "Periodistas, víctimas de mobbing, una realidad encubierta" en *Diálogo: Información, Poder y Ética en el siglo XXI* del Colegio de Periodistas y el Centro Internacional de Prensa en 2004
<http://www.acosomoral.org/forumperiodistes.htm#1> [última consulta en mayo de 2009]

- Pierucci, F. (2004): "Fuera de la ley" (pp. 28-37) en Vinelli, Natalia y Rodríguez Esperón, Carlos (compiladores): *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*. Buenos Aires, Ediciones Continente.
- Quirós Fernández, F. (1991): *Curso de estructura de la información*. Madrid, Dossat.
- Reig, R. (1992): *Sobre la comunicación como dominio: Seis paradigmas*. Madrid, Fundamentos.
- (2005): "La importancia de una visión crítica" (pp. 3-10) y "El largo camino hacia una comunicación alternativa. Pseudodemocracia, comunicación y receptores: una visión teórico-práctica desde bases complejas" (pp. 11-25) en *Anthropos: Hacia una comunicación alternativa. Una visión crítica de la sociedad actual*. Número 209. Barcelona.
- Schiller, H. I. (1980): "Medios de comunicación e imperialismo" (pp. 39-51) en *Cuadernos del centro de estudios de la comunicación. Medios de comunicación, ideología y estrategia imperialista*. Número 5. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Thompson, J. B. (1998): *Los media y la modernidad: una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona, Paidós.
- Van Dijk, T. A. (2003): "La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato a favor de la diversidad" (pp. 143-177) en Wodak, Ruth y Meyer, Michael (compiladores): *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona, Gedisa.
- Vidal-Beneyto, J. (1979): "Introducción" (ix- xlv) en Vidal-Beneyto (editor): *Alternativas populares a las comunicaciones de masa*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.